

























fueron hechos los Hombres bajo Eru en su inicio; y terrible sobre todas las calamidades fue el cambio de su estado. ¿Es entonces una visión de lo que Arda sería si estuviera completa-de cosas vivientes e incluso de las mismas tierras y mares de Arda hechas eternas e indestructibles, para siempre hermosas y nuevas- con lo que los fëar de los Hombres comparan lo que ven aquí? ¿O existe en algún sitio un mundo del cual todo lo que vemos, todas las cosas que los Hombres y Elfos conocemos, no son más que recuerdos o imágenes?

-Si es así, está en la mente de Eru, estimo yo -dijo Andreth. -A tales preguntas, ¿cómo podemos hallar respuestas, aquí en las nieblas de Arda Maculada? Sería distinto si no hubiéramos sido cambiados; pero siendo como somos, incluso los Sabios entre nosotros han dedicado poco pensamiento a Arda en sí misma, o a las otras cosas que aquí residen. Hemos pensado sobre todo en nosotros: de cómo nuestros hröar y fëar deberían haber morado juntos en eterna felicidad, y en la oscuridad impenetrable que ahora nos espera.

-Entonces no sólo los Altos Elfos se olvidan de su linaje -dijo Finrod. -Pero esto me resulta extraño, y como hizo tu corazón cuando hablé de vuestro malestar, así ahora el mío salta como oyendo buenas nuevas. Ésta, pues, propongo, fue la razón de ser de los Hombres, no los seguidores, sino los herederos y culminadores de todo: curar la Mácula de Arda, ya prevista antes de su creación, y hacer aún más, como agentes de la magnificencia de Eru: agrandar la Música y superar la Visión del Mundo. Porque Arda Curada no será Arda Inmaculada, sino una tercera cosa, mayor ya un así, la misma. He conversado con los Valar que estuvieron presentes en la Música antes de que la existencia del Mundo empezara. Y ahora me pregunto: ¿escucharon ellos el final de la Música? ¿No había

algo en los acordes finales de Eru o más allá que, sobrecojidos, no percibieron? O, de nuevo, puesto que Eru es libre por siempre, quizá no hizo Música ni mostró Visión más allá de un cierto punto. Más allá de ese punto no podemos ver o conocer, hasta que por nuestros caminos lleguemos allí, Valar o Eldar u Hombres. Como un maestro en la narración de cuentos puede mantener oculto el momento cumbre hasta que llegue su tiempo. Puede ser adivinado, por supuesto, hasta cierto punto, por aquellos que han escuchado con toda sumente y corazón; pero eso es lo que el narrador desea. La sorpresa y maravilla de su arte no disminuye así, pues de esta forma nosotros compartimos, como si lo fuéramos, su autoría. ¡No así si a todos nosotros senos dijera en el prefacio, antes de que nos adentráramos!

-¿Cuál dirías entonces que es el momento cumbre que Eru ha reservado?-preguntó Andreth.

-¡Ah, sabia señora! -dijo Finrod. -Soy un Elda y de nuevo pensaba en mi propia gente. Aunque, no, en todos los Hijos de Eru. Estaba pensando que por los Segundos Hijos podríamos haber sido librados de la muerte. Porque mientras hablábamos de la muerte como una separación de lo unido, mi corazón pensó una muerte que no es eso, sino el final conjunto de ambos. Pues eso es lo que yace ante nosotros, hasta donde nuestra razón puede ver: la culminación de Arda y su final, y por lo tanto también el nuestro, hijos de Arda; el final donde todas las largas vidas de los Elfos estarán por completo en el pasado. Y entonces, de repente, observé como en una visión Arda Rehecha; y allí los Eldar completos, pero no acabados podían permanecer en el presente para siempre, y allí caminar, quizá, con los Hijos de los Hombres, sus liberadores, y cantarles tales canciones que, incluso en la Felicidad más allá de toda felicidad, los verdes valles resonarían y las cimas eternas de las montañas palparían como arpas. Entonces Andreth miró a Finrod por debajo de las cejas:

-¿Y qué es lo que, cuando no estuvierais cantando, nos diríais? -preguntó.

Finrod rió.

-Sólo puedo adivinarlo- dijo. -Fíjate, sabia señora, pienso que os contaremos historias del pasado y de la Arda que Fue, de los peligros y las grandes hazañas y de la creación de los Silmarils. ¡Entonces éramos nosotros los señoriales! Pero vosotros... vosotros estaréis en vuestro hogar, mirando todas las cosas intensamente, como vuestras. Entonces seréis los señores. "Los ojos de los Elfos siempre piensan en algo más", diréis. Pero entonces sabréis de qué

nos acordamos: de los días cuando por vez primera nos encontramos y nuestras manos se tocaron en la oscuridad. Más allá del Fin del Mundo no cambiaremos, porque en la memoria está nuestro gran talento, como se verá con más claridad a medida que pasen las Edades de Arda: una pesada carga, me temo, pero en los Días de los que ahora hablamos será una gran riqueza.

Y entonces hizo una pausa porque vio que Andreth sollozaba en silencio.

-¡Ay, señor! -dijo.- ¿Qué debemos hacer, entonces? Porque hablamos como si estas cosas fueran ya seguras. Pero los Hombres han sido disminuidos y se han llevado su poder. No buscamos ninguna Arda Rehecha: la oscuridad se extiende ante nosotros, frente a la que nos alzamos en vano. Si por nuestra

ayuda tuvieran que construirse vuestras mansiones eternas, no se prepararían ahora.

-¿No tienes entonces esperanza? -dijo Finrod.

- ¿Qué es la esperanza? -dijo ella. -¿La espera de un bien que, aunque incierto, tiene su fundamento en lo conocido? Entonces no tengo ninguna.

- Eso es algo que los Hombres llaman "esperanza", -dijo Finrod. - Amdir llamamos nosotros, "alzar la vista". Pero hay otra que se fundamenta más hondo. Estel, la llamamos, esto es, "confianza". No es derrotada por las fuerzas del mundo, porque no viene de la experiencia, sino de nuestra naturaleza y nuestro primer ser. Si somos realmente los Eruhin, los Hijos del Uno, entonces seguro que Él no permitirá que se le prive de lo Suyo, ni por ningún Enemigo ni por nosotros mismos. Estos son los cimientos finales de Estel, que mantenemos incluso cuando contemplamos el Fin: que todos Sus designios son para la felicidad de Sus Hijos. Dices que no tienes amdir. ¿Tampoco posees Estel?

-Quizá...-dijo ella. -Pero...¡no! ¿No te das cuenta que es parte de nuestra herida el que nos falte la Estel y que sus cimientos se tambaleen? ¿Somos los Hijos del Uno? ¿No hemos sido finalmente expulsados? ¿O siempre lo estuvimos? ¿Acaso no es el Innombrable el Señor del Mundo?

- ¡No lo preguntes siquiera! -dijo Finrod.

- No puede dejar de ser dicho- respondió Andreth, -si entiendes la desesperación en la que caminamos. O en la que caminan la mayoría de los Hombres. Entre los Atani, como nos llamáis, o los Buscadores, como decimos nosotros, entre aquellos que dejaron las

tierras de desesperación y a los Hombres de la oscuridad y viajaron hacia el oeste con vanas esperanzas; entre ellos se cree que la cura puede hallarse o que hay algún medio de escapar. ¿Mas es eso Estel? ¿No es más bien Amdir, pero sin razón alguna, una mera huida en un sueño al despertar del cual saben que no hay escapatoria de la oscuridad y la muerte?

-Mera huida en un sueño, dices -respondió Finrod. -En los sueños se revelan muchos deseos, y el deseo puede ser la última chispa de Estel. Pero tu no quieres decir sueño, Andreth. Confundes sueño y vigilia con esperanza y creencia, por hacer la una más dudosa y la otra más segura. ¿Duermes cuando hablan de huida y curación?

-Dormidos o despiertos, no dicen nada con claridad -respondió Andreth.- ¿Cómo o cuándo ha de llegar esa curación? ¿Qué tipo de existencia recibirán

los que vean esos tiempos? ¿Y qué será de nosotros, que antes nos habremos hundido en las tinieblas sin sanar? A tales preguntas, sólo los de la "Vieja Esperanza" (como se denominan a sí mismos) atisban alguna respuesta.

- ¿Los de la Vieja Esperanza? -dijo Finrod. -¿Quiénes son?

- Unos pocos, -dijo ella; -pero su número ha aumentado desde que llegamos a esta tierra y ven que el Innombrable puede (o eso creen) ser desafiado. Aunque eso no es una razón. Desafiarle no deshará su obra de antaño. Y si aquí fracasa el valor de los Eldar, entonces su desesperación será mayor. Porque no era en el poder de los Hombres ni en el de ningún pueblo de Arda en lo que la vieja esperanza se fundamentaba.

- ¿Cuál era entonces esta esperanza, si lo sabes? -preguntó Finrod.

- Ellos dicen ... -respondió Andreth, - ellos dicen que el propio Uno entrará en Arda y sanará a los Hombres y toda la Mácula de principio a fin. Esto, dicen, o imaginan, es un rumor que se ha transmitido durante años innumerables, incluso desde los días de nuestra herida.

- ¿Dicen, imaginan...? -dijo Finrod. - ¿No eres entonces una de ellos?

- ¿Cómo podría serlo, señor? Toda sabiduría está en su contra. ¿Quién es el Uno, a quien vos llamáis Eru? Si dejamos de lado a los Hombres que sirven al Innombrable, como hacen muchos en la Tierra Media, aún muchos Hombres perciben el mundo como una guerra entre la Luz y una Oscuridad equipotente. Tú dirás: no, eso es Manwë contra Melkor; Eru está sobre ellos. ¿Es entonces Eru el mayor de los Valar, un gran dios entre dioses, como muchos

Hombres dicen, incluso entre los Atani: un rey que vive lejos de su reino y deja aquí príncipes menores para que hagan lo que quieran? De nuevo tú dirás: no, Eru es Uno, solo y sin igual, y Él hizo Eä y está por encima de ella; y los Valar son más grandes que nosotros pero, pese a todo, no están más cerca de Sumajestad. ¿No es así?

-Sí -dijo Finrod. -Eso afirmamos, y los Valar, que conocemos, dicen lo mismo, todos excepto uno. Pero cuál, piensas, es más capaz de mentir: ¿aquellos que se hacen humildes o el que se ensalza?

-No dudo -dijo Andreth. -Y por esa razón lo afirmado por la Esperanza sobrepasa mi entendimiento. ¿Cómo puede Eru entrar en una cosa que Él ha hecho y sobre la cuál Él es mayor más allá de toda medida? ¿Puede el cantante entrar en su canto o el pintor en sus imágenes?

- Él ya está dentro, así como fuera -dijo Finrod - pero en verdad ese "dentro" y "fuera" no son del mismo modo.

-Cierto -dijo Andreth. -Así puede Eru estar presente en Æa, que procede de Él. Pero hablan de Eru Mismo entrando en Arda, y eso es algo totalmentedistinto. ¿Cómo podría Él, el más grande, hacerlo? ¿No destruiría eso Arda eincluso toda Æa?

-No me preguntes a mí -dijo Finrod. -Estas cosas están más allá del alcance de la sabiduría de los Eldar, o de los Valar quizá. Pero me temo que las palabras nos pueden confundir y que cuando dices más grande piensas en las dimensiones de Arda, en las cuales el contenido no puede ser mayor que el continente. Porque tales palabras no pueden usarse con lo Inconmensurable. Si Eru lo deseara, no dudo de que encontraría un modo de hacerlo, aunque no puedo ver cómo. Pues, según creo yo, si Él en Sí Mismo hubiera de entrar, debería aún permanecer como Él es: sin Autor. Y, sin embargo, Andreth, hablando con humildad, no puedo concebir de qué otra forma podría lograrse la curación. Porque Eru seguramente no permitirá que Melkor cambie el mundo a su voluntad y que triunfe al fin. Y no hay poder concebible mayor que el de Melkor, salvo el de Eru. Por lo tanto Eru, si no ha de ceder su obra a Melkor, que alcanzaría el dominio, debe venir para conquistarlo. Mas, incluso si Melkor (o el Morgoth en que se ha convertido) pudiera de alguna forma ser arrojado o expulsado de Arda, aún su Sombra permanecería, y el mal que ha traído y cultivado como una semilla crecería y se multiplicaría. Y si algún remedio a esto ha de ser encontrado antes de que todo termine, cualquier luz nueva que se oponga a la sombra, o una medicina para las heridas, entonces, creo yo, debe venir de fuera.

- Entonces, señor, -dijo Andreth, y alzó la mirada con asombro- ¿crees en esta Esperanza?

-No me preguntes todavía -respondió. -Porque todavía no es para mí sino extrañas nuevas que me llegan de lejos. Jamás se habló de una esperanza así a los Quendi. Sólo a vosotros se envió. Y sin embargo, a través de vosotros podemos oírla y elevar los corazones-. Hizo una pausa y después, mirando gravemente a Andreth, dijo: -Sí, Sabia, quizá fue ordenado que nosotros los Quendi y vosotros, los Atani, antes de que el mundo envejeciera, nos encontráramos y compartiéramos noticias, y así nosotros aprenderíamos la Esperanza de vosotros. Fue ordenado, en verdad, que vos y yo, Andreth, nos sentáramos aquí y hablásemos juntos, a través del abismo que separa a

nuestras estirpes, de forma que aunque la Sombra crece en Norte nosotros no estemos completamente asustados.

- ¡A través del abismo que divide nuestras estirpes! -dijo Andreth. -
¿No hay más puente que las meras palabras? -y de nuevo sollozó.

-Puede que lo haya. Para algunos. No lo sé -dijo Finrod. -El abismo es quizá entre nuestros destinos, más bien, puesto que por lo demás somos parientes cercanos, más cercanos que cualquier otra criatura en el mundo. Pero es peligroso cruzar un abismo impuesto por el destino, y si alguien lo hiciera, no encontraría felicidad al otro lado, sino pesares. Eso me temo. Mas ¿por qué decís "meras palabras"? ¿No cruzan acaso las palabras los abismos entre una vida y otra? Entre vos y yo sin duda ha pasado algo más que sonido vacío. ¿No nos hemos acercado? Pero esto es, creo, de poco consuelo para vos.

-¡No he pedido consuelo! -dijo Andreth. -¿Para qué lo necesito?

-Por el destino de los Hombres, que os ha tocado como mujer -dijo Finrod.-¿Creéis acaso que no lo sé? ¿No es él mi querido hermano, al que amo? Aegnor: Aikanár, Llama Afilada, rápido y dispuesto. No están lejos los años en los que os encontrasteis por primer vez, y vuestras manos se tocaron en esta oscuridad. Entonces vos erais una doncella, valiente y decidida, en la mañana sobre las altas colinas de Dorthonion.

-¡Decidlo! -dijo Andreth. -Decid: qué sois ahora sino una sabia solitaria, y la edad que a él no lo tocará ha pintado ya el gris del invierno en vuestros cabellos. ¡Pero esto no me lo digáis vos, porque ya lo hizo él una vez!

-¡Ay! -dijo Finrod. -Esa es la amargura, amada Adaneth, mujer de losHombres, ¿no?, presente en todas vuestras palabras. Si pudiera daros algún consuelo, lo veríais como un gesto condescendiente desde mi lado del destino que nos separa. Pero ¿qué puedo decir, excepto recordaros la Esperanza que vos misma habéis revelado?

-No dije que fuera jamás mi esperanza -respondió Andreth. -Y aunque lo fuera, aun así gritaría: ¿por qué este dolor, aquí y ahora? ¿Por qué hemos de amarnos y por qué habéis de amarnos (si lo hacéis) y aun así mantener el abismo entre nosotros?

- Porque así se nos hizo, parientes cercanos -dijo Finrod. -Pero no nos hicimos a nosotros mismos y por lo tanto, nosotros, los Eldar, no pusimos ahí el abismo. No, Adaneth, no somos señoriales en esto, sino dignos de lástima. Esa palabra os disgustará. Pero la lástima es de dos tipos: una es de similitud

reconocida, y está cercana al amor. La otra es la percepción de una fortunadistinta, y está cercana al orgullo. Yo hablo de la primera.

- ¡No me habléis de ninguna! -dijo Andreth. -Ninguna deseo. Era joven y miré en su llama, y ahora soy vieja y estoy perdida. Él era joven y su llama se extendía hacia mí, pero se dio la vuelta y se alejó, y es joven todavía. ¿Tienen piedad las velas de los topos?

-O los topos de las velas, cuando sopla el viento y las apaga -dijo Finrod.-Adaneth, yo os digo que Aikanár la Llama Afilada os amaba. Por amor a vos nunca tomará la mano de ninguna novia de su propia raza, sino que vivirá solo hasta el final, recordando la mañana en las colinas de Dorthonion. ¡Pero demasiado pronto su llama se irá en el viento del Norte! Visión se ha dado a los Eldar sobre muchas cosas que no están lejos, aunque pocas felices, y os digo que vos viviréis largo tiempo de acuerdo a vuestra raza, y él se irá antes que vos y no deseará volver.

Entonces Andreth se levantó y estiró sus manos hacia el fuego.

-¿Entonces por qué se fue? ¿Por qué me abandonó, cuando aún me quedaban unos pocos años buenos?

-Ay -dijo Finrod. -Temo que la verdad no os satisfará. Los Eldar tienen una estirpe y vosotros otra y cada uno juzga a los demás según él mismo... hasta que aprenden, como hacen unos pocos. Éste es tiempo de guerra, Andreth, y en estos días los Eldar no se casan ni engendran niños, sino que se preparan para la muerte... o la huida. Aegnor no confía (ni yo tampoco) en que este asedio a Angband dure mucho. Y entonces, ¿qué será de esta tierra? Si su corazón mandara, habría deseado tomaros y huir lejos, al este o al sur, abandonando a su gente y a la vuestra. El amor y la lealtad le

contuvieron. ¿Qué decís de las vuestras? Vos misma habéis dicho que no se puede escapar huyendo dentro de los límites del mundo.

-Por un año, un día de la llama, lo habría dado todo: pueblo, juventud y la esperanza misma: adaneth soy -dijo Andreth.

-Él lo sabía-dijo Finrod. -Y se retiró y no aferró lo que estaba a su alcance: el daes. Pues tales tratos se pagan con una angustia que no se puede adivinar, y de ignorancia, más que de coraje, juzgan los Eldar que están hechos. No, adaneth, si algún matrimonio ha de haber entre nuestra estirpe y la vuestra, entonces ha de ser por algún alto propósito del Destino. Breve será y duro al final. Sí, el hado menos cruel que le podría acontecer es que la muerte pronto lo finalizara.

-Pero el final siempre es cruel... para los Hombres -dijo Andreth. -Yo no le habría molestado, cuando acabara mi corta juventud. No habría cojeado como una bruja tras sus pies brillantes, cuando ya no fuera capaz de correr junto a él.

-Quizá no -dijo Finrod. -Así lo crees ahora. ¿Pero has pensado en él? Él no habría corrido delante de vos. Habría permanecido a vuestro lado para sosteneros. Entonces, cada hora, habríais experimentado pena, una pena sin escapatoria. Él no soportaría veros tan dolida. Andreth adaneth, la vida y el amor de los Eldar reside en gran medida en la memoria, y nosotros, si no vosotros, preferimos tener recuerdos hermosos aunque incompletos que recuerdos con un final desgraciado. Ahora él siempre os recordará bajo el sol de la mañana, y aquel último crepúsculo, junto a las aguas de Aeluin en las que vio vuestro rostro reflejado con una estrella atrapada en vuestro cabello... siempre, hasta que el viento del Norte traiga la noche a su llama. Sí, y después, lo recordará sentado en la Casa de Mandos en los Salones de Espera hasta el final de Arda.

- ¿Y yo qué recordaré? -dijo ella. -¿Y cuando me vaya a qué salas llegaré? ¿A una oscuridad en las que incluso la memoria de la llama aguda se apagará? Incluso el recuerdo del rechazo. Eso al menos.

Finrod suspiró y se levantó.

-Los Eldar no tienen palabras para curar esos pensamientos, adaneth -dijo. -¿Pero desearías que Hombres y Elfos nunca se hubieran conocido? ¿Es que la luz de la llama, que de otra forma no habríais conocido, no tiene valor, incluso ahora? ¿Crees haber sido ofendida? Desecha al menos ese pensamiento, que proviene de la Oscuridad, y así nuestra conversación no habrá sido totalmente en vano. ¡Adiós!

La oscuridad caía en la habitación. Él tomo su mano a la luz del fuego.

- ¿Dónde vas? -dijo ella.

- Lejos al Norte -dijo él. -A las espadas y al asedio y a los muros de defensa; que al menos por un tiempo en Beleriand los ríos fluyan claros, broten las hojas y los pájaros construyan sus nidos, antes de que llegue la Noche.

- ¿Estará él allí, alto y resplandeciente, y el viento en su cabello? Háblale. Dile que no sea imprudente. ¡Que no busque el peligro sin necesidad!

- Se lo diré -dijo Finrod. -Pero lo mismo podría decirlo a vos que nos lo colocéis. Es un guerrero, Andreth, y un espíritu de ira. En cada golpe que

asesta ve al Enemigo que hace mucho os hizo este daño. Pero no estáis hechos para Arda. Donde vayas, puedes encontrar luz. Esperanos allí: a mi hermano y a mí.

FIN de la ATHRABETH FINROD AH ANDRETH

(traducida para la STE por Pablo Ginés a partir del Volumen X de la Historia de la Tierra Media: "Morgoth's Ring")

